

Notas y Documentos

Homenaje al doctor Alcibiades Santa Cruz

Damos en seguida los discursos de los señores Juan Perello, de la Universidad de Concepción, Julio Brieba, presidente del Centro de Estudiantes de Farmacia y de don Ernesto Mauzier, Director de la misma Escuela, que se pronunciaron en la velada en homenaje al doctor Alcibiades Santa Cruz, de cuyo sensible fallecimiento dimos cuenta y que fué organizada por el Centro de Estudiantes de Farmacia:

I

DISCURSO DEL PROF. JUAN PERELLO

Señor Rector, señores Decanos, señores Directores, señores profesores, señor Presidente del Centro de Estudiantes de Farmacia, estudiantes:

Una amable invitación del Centro de Estudiantes de Farmacia a nuestra Facultad para participar en este acto solemne en homenaje al que fuera hasta hace pocos meses el distinguido y eminente profesor Dr. Alcibiades Santa Cruz, ha determinado que por breves momentos ocupe esta tribuna para cumplir la difícil tarea que me encomendara el señor Decano de poner en relieve en esta ocasión la labor realizada por tan ilustre profesor.

Loable es la intención de los estudiantes de Farmacia al celebrar este acto, que es el testimonio más elocuente de la abnegación, del respeto y del cariño que fluye de sus corazones juveniles hacia el egregio maestro. La Facultad de Farmacia, vale decir el profesorado y personal docente, no ha titubeado en asociarse a este justo homenaje para rendir el tributo también de su admiración y reconocimiento a la colaboración intelectual robusta, sabia y siempre eficaz aportada por el profesor Santa Cruz, motivo este de orgullo para la Facultad que se hace un deber de reconocer y exaltar al más alto sitio.

Es mi temor, señores, en estos precisos instantes en que he de dar cumplimiento al mandato recibido del señor Decano, que este cometido sea superior a mis posibilidades y que, por tanto, mis esfuerzos por alcanzar tales propósitos y anhelos íntimos, no refleje al fin, en su justo término, la valiosa herencia que nos legara tan bondadosa como excelsa personalidad. He de intentarlo, sin embargo, conformándome con la idea de que al hacerlo ante vosotros las defecciones u omisiones que yo cometa serán franqueadas por el propio conocimiento que ustedes tienen formado del Dr. Santa Cruz.

En efecto, la sola enumeración de sus datos biográficos serían más que suficientes tal vez, para hacer revivir en nuestras mentes su obra y su vida entregada por entero a la colectividad. Quienquiera que examine el tesoro que acumulara su existencia, podrá advertir que su vida nunca tuvo un objetivo limitado, sino que por el contrario, un objetivo superior, convencido de que la vida humana no tiene como única finalidad la dicha que da una situación definitiva o una fortuna personal conducente al descanso de los goces vulgares; prueba de ello fué su constante curiosidad universal, sus servicios profesionales desinteresados y su dispendiosa generosidad de todo orden.

Mente privilegiada, espíritu inquieto a la vez que mesurado, actividad multiforme propia del sabio que concentra su

atención en el continuo acontecer de los fenómenos naturales y desentrañar renovadamente sus fascinantes misterios. Bebió en la fuente del saber desde temprana edad y escogió por meta el universo: así lo atestiguan sus publicaciones sobre costumbres, historia, letras, educación, arte y sus investigaciones en su ciencia predilecta: la Botánica, la Fitoquímica y la Farmacología. Llevaba en sí esa definida posición del hombre frente a la perennidad de lo incógnito, que es la garantía de un progreso ilimitado y es también la mayor ejecutoria que lo ennoblece, porque dice toda la inmensa, toda la viril energía con que se aliena el áspero y hermoso bregar de la vida, ya que teniendo la certidumbre de no llegar jamás al final de ninguna jornada, sigue marchando ¡siempre adelante! como si algún día, haciendo flamear a todos los vientos su enseña de victoria, pudiera plantar su tienda de reposo más allá de todos los horizontes... Por ello es que fué un verdadero sabio, porque sabía que ignoraba...

La sola enunciación de los datos biográficos del profesor Santa Cruz son capaces de hacer brillar mejor su personalidad, que cuanto elogio podamos emitir; datos que resumen su vastísima obra como humanista, como naturalista y como escritor.

Nació en Santiago el 12 de febrero de 1866, día de fausto para la capital en el día del aniversario de su fundación. Hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional. A los 19 años de edad le fué otorgada la Medalla de Oro por méritos adquiridos en el estudio de la Botánica. En sus estudios universitarios en la Escuela de Medicina destacó su predilección por la Botánica, lo que le valió ser nombrado Jefe de Trabajos de dicha cátedra, que por entonces desempeñara el profesor F. Philippi (1890-1896).

Nombrado médico-cirujano del ejército en 1905 fué ascendido a Cirujano de División en 1910. Durante sus servicios confeccionó el «Reglamento de admisión y eliminación del personal».

En 1919 se hizo cargo de la cátedra de Botánica Farma-

céutica de la naciente Universidad de Concepción, de la cual él fuera entusiasta y decidido colaborador.

Los que nos contamos entre sus primeros alumnos recordamos con íntima emoción sus lecciones salpicadas de fino humorismo; recordamos su fisonomía expresiva y caballeresca, ya envuelto en su capa castellana o vistiendo con gallardía el uniforme vistoso del Ejército de Chile. Difícilmente pueden siquiera difuminarse nuestras impresiones captadas en aquellos años en que contemplábamos al profesor Santa Cruz enmarcado en la vieja casona de las palmeras y de los pisos tembleantes, difundiendo sus enseñanzas y regalándonos con su cariño paternal, quedando así su obra engastada en nuestros cerebros y en nuestros corazones.

En 1924, al crearse en nuestra Universidad, el primer curso de Medicina, le correspondió dictar la cátedra de Botánica Médica. En este mismo año, debiendo ser ascendido a Cirujano Segundo Jefe del Ejército, lo que lo obligaba a trasladarse a la capital, pidió su retiro para dedicarse a las actividades docentes; rasgo este tomado al azar y que refleja, sin embargo, su selecto espíritu.

Desempeñó numerosos cargos administrativos y académicos, entre los cuales mencionaremos los siguientes: Director del Museo de Concepción hasta el año 1925; Vocal de la Junta de Vecinos de la Municipalidad de Concepción; Vocal de la Junta de Beneficencia; Decano de la Facultad de Medicina; Presidente de la Sociedad Médica; Presidente del Comité Provincial de la Cruz Roja y de la Liga contra la Tuberculosis; Presidente de la Sociedad de Estudiantes Pobres; Director de la Universidad; Director de la Sociedad de Biología de Concepción; Miembro honorario de la Academia de Ciencias Naturales de la Universidad Católica; Correspondiente de la Sociedad Chilena de Historia Natural, del Centro de Ciencias, Artes y Letras Campesinas; de la Societé Linneense de Lyon (France); Miembro Aca-

démico de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile.

En nuestra Universidad, además de las Cátedras de Botánica Farmacéutica y Médica fué profesor de Primeros Auxilios y Materia Médica y profesor de Anatomía y Fisiología en la Escuela de Farmacia.

Como miembro de la Facultad de Farmacia tuvo siempre la destacada actuación que cabe esperar de una personalidad de su talla, es así como las actas de sesiones de este organismo docente se hallan engalanadas con sus acertados juicios y sus meditadas como profundas soluciones.

Nuestra profesión farmacéutica recibió del profesor Santa Cruz el concurso y el apoyo decidido, altamente inspirado, no sólo en beneficio de la ciencia que constituye su base principalísima sino aún en el orden social; y es así como en nuestras jornadas profesionales, representadas principalmente por el Primer Congreso Nacional de Farmacia, celebrado en esta ciudad en 1926, terciara en sus discusiones y debates con el elevado espíritu que animara su convencimiento en favor de nuestros ideales profesionales de superación de entonces y de hoy.

Sus trabajos científicos y publicaciones de diversa índole hablan del sabio y del escritor, del humanista y del médico, del naturalista y del maestro por excelencia; y como lo dice muy acertadamente el profesor Noe en su discurso de recepción como miembro académico de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile «hacer su biografía es una recreación del espíritu, como siempre sucede cuando tenemos a la vista la actividad múltiple de una mente poliédrica».

La Botánica, la Fitoquímica y la Farmacología encontraron en él al verdadero maestro, y más aún al Jefe de una Escuela que felizmente cuenta con muchos y selectos discípulos en el país. Publicó numerosos trabajos científicos y un texto, «Compendio de Botánica», para el uso farmacéutico y médico.

Entre sus trabajos mencionaremos sólo de pasada, dada la tiranía del tiempo de que es dable disponer en estos instantes, los siguientes:

Los sudoríficos chilenos.—Plantas medicinales de la región de Concepción.—Dos plantas que contienen cineol, refiriéndose al laurel chileno y a la congona.—Plantas purgantes chilenas.—La trupa o tabaco del diablo. Extracción de la lobelina.—Un huésped ignorado. Descubrimiento de algunos ejemplares de circhona covata en los alrededores de Concepción.—Plantas mágicas de los mapuches.—Un sucedáneo de la Pitruitina. Se trata del abutilón.—Plantas febrífugas chilenas. El natri.—Los colorantes usados por los indígenas.—Vitaminas. Conferencias y folletos publicados conteniendo la descripción, acción y propiedades de las vitaminas conocidas.—La flora extranjera y el clima de Chile.

De sus numerosos artículos destacaremos solamente: «Sobre chilenismos» (oct. de 1937, «Atenea».—«El abate don Juan Ignacio Molina».—«Las artes indígenas se van».—«Semblanza de don Diego Barros Arana».—«Ideas sobre Educación».

En este bosquejo biográfico se identifica la excelsa personalidad del profesor Santa Cruz, y si únicamente nos atenemos a su labor científica debemos destacarlo como el continuador y propulsor de la ciencia botánica chilena que vinieron cimentando en el país Frezier, Alonso Ovalle, Diego Rosales, Pavon, Dombey, Molina, Gay, los Philippi, Reiche Yohow, al lado de los profesores insignes, Bustillos, Vásquez y Miranda, honor éste ganado con creces y aureolado por las relevantes virtudes personales que le adornaban, y que supo traslucir a quienes tuvimos el privilegio de su paternal amistad y recibimos los torrentes de su sabiduría.

Honor al sabio profesor Santa Cruz.

II

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL CENTRO DE
FARMACIA, DON JULIO BRIEVA A.

Señores profesores, compañeros:

Henos aquí reunidos, para recibir en el seno de la que fué su mansión de trabajos más querida, la efigie de nuestro profesor, Dr. Alcibíades Santa Cruz, Q.E.P.D.

Fué cedida a nuestra petición, y con una comprensión y cariño inolvidables, por su hija señora Julia Santa Cruz de Olivares, a quien lleguen nuestros más sinceros agradecimientos.

No queremos dejar transcurrir estos solemnes momentos, sin recordar, algunas de aquellas principales cualidades que maticaban su carácter, y que serán eterna lección, de integral desenvolvimiento y perfección de existencia, para aquellos, cuyo destino corra paralelo al de este maestro, en los dominios del saber.

La presencia de su busto en este lugar, esbozará permanentemente, a las generaciones de estudiosos venideras, los ideales y propósitos que impulsaron la labor del Maestro, cuya orientación principal, estuvo entregada por entero a la Ciencia; tanto, que cúmplase una vez más, el magnífico símbolo, universal para todos los de su estirpe, inscrito como epitafio de Renán; *Veritatem Dilixi. He amado la verdad,*

Empero, no solamente en este sentido trascendió hacia sus amigos y alumnos, el Dr. Santa Cruz. Llegan sus relaciones con nosotros más lejos. Llegan hasta los confines de las relaciones humanas, dadas por la cultura. Llegan a la amistad. Esta otra fase de su personalidad, pauta asimismo de su vida, nos la ofrece la lengua del saber, en su imperecedera sentencia: *Homines ex cultura amici. La cultura hace a los hombres amigos*

Así pues, su carácter peculiarísimo de humanista, tenía para nosotros dos principales atractivos, que a su vez se desprenden y condicionan lo anterior, son: su tolerancia e ironía. Ambas le permitieron adquirir un conocimiento del ser humano y de las cosas, que de inmediato afloraba en la más simple y vanal conversación que con él se sostuviera. En su espíritu, tolerancia e ironía, se explican mutuamente. La primera, la tolerancia activa, aquella que tuvo para cada uno de nosotros en más de una ocasión, le permitía pasar milagrosamente, al través de la intimidad de otros seres; y, esto es imposible sin la ironía, entendiéndola a ésta, en su acepción etimológica griega, de simulación, de pasajera negación de nuestro carácter espontáneo; ya que, bien él lo sabía, sólo negándonos parcialmente, llegamos a confundirnos con el prójimo y a comprenderle. Sendas cualidades, queden como claros derroteros a seguir, para adquirir el conocimiento de interpretación, de la mente humana.

Más, cité también, su exquisito y plural conocimiento sobre las cosas. Sutilezas que a cualquiera hubieran pasado desapercibidas, nos eran mostradas con todo su contenido en vida. ¡Cuán bien se amoldan, a su personalidad, las palabras de un pensador español: «lo objetivo es lo verdadero y ha de interesarnos antes que nada, los hombres que hayan logrado henchir más su espíritu de cosas, habrán de ser puestos en los lugares excelsos de la jerarquía humana. Ellos serán los genios, los clásicos, los modelos que nos empujen a salvarnos en las cosas, como en unas tablas del naufragio íntimo. La modestia y la calma supremas, la gran paciencia que las cosas tienen, nos ofrecen una disciplina, incomparable, que debemos seguir; hospedémoslas en nuestros aposentos espirituales, cerremos con ellas trato de profundidad amistosa. Abracémosnos a las hermanas cosas: nuestras maestras; ellas son las virtuosas, las verdaderas, las eternas». Fácil es apreciar en este sentido, la ruta que nos marcó el profesor Santa Cruz.

Un aspecto más debo mencionar, de entre aquellos caracteres que se desprendían de su personalidad, como un ejemplo de modo de vivir y realizarse; es aquel de Trabajador, de Realizador, de Tesonero Investigador. Nos dejó, como lo han hecho la mayoría de los hombres ilustres, trabajando hasta el fin. Esta es una lección que debemos aprender bien, y que nos está diciendo nítidamente que, sin el trabajo que edifica y conserva la cultura de hoy para el trabajo de mañana, la humanidad estaría detenida en perpetuo comienzo. A pesar de ser la vida un drama misterioso no comprendido, conocemos bien los instantes, en que nuestra acción se vuelve decisiva y suprema, y sabemos, vendados los ojos, que en cierta medida, de nosotros depende aumentar la hermosura del destino. ¿De qué manera? La respuesta aparece clara, precisa, en la ejemplar vida del maestro, es decir: siendo lo que somos, realizándonos, renovándonos en la obra. Nacemos con inmensos tesoros ocultos, y la verdadera desdicha, es la de hundirnos en la sombra sin haberlos puesto en circulación. Numerosas veces nos repetía, que no es como espectador que decifraremos el enigma de la realidad, sino como actores. ¡Cuán fielmente siguió este principio! Más aún: debido a él mismo, es que no debe extrañarnos la calma con que la categoría de hombres a que perteneció, constituida por los héroes tanto de la Ciencia como del Arte, aguardan el término necesario de sus tareas. Para ellos, para su sensibilidad maravillosa, la vida es un viaje divino y resplandeciente; cuando nos dejan, se van fatigados y encantados. Al respecto observa sutilmente un escritor: se duermen como niños en la mesa, sobre sus cuentos de hadas, cuando viene la noche. Concluyendo diremos: «que si es el mayor problema filosófico el de reconciliarnos con la muerte, será mediante la obra como lo resolveremos».

Todo lo que esta escueta relación contiene, ya que un estudio detenido del carácter del Dr. Alcibíades Santa Cruz, sólo

es posible medirlo en biografía de nutridas páginas, es a nuestro parecer el testamento espiritual para sus alumnos.

Estoy seguro que este legado no se borrará jamás, en los que le acompañamos, durante dos años, en el desarrollo de sus cátedras, y de aquellos que tuvieron la suerte de constituir el círculo de sus amistades.

Señor Director de la Escuela de Química y Farmacia, recibid por mi intermedio, en nombre del alumnado, el busto del profesor Santa Cruz. Para todos nosotros, y para los futuros estudiantes que desfilen por estas aulas, recordará él la expresión, de una vida ejemplar de hombre de Ciencia, cuya integridad, tanto espiritual como moral, lo hacen merecedor de un sitio; en la inmortalidad del pensamiento humano.

III

DISCURSO DEL PROF. ERNESTO MAHUZIER

Director de la Escuela de Farmacia

En cada institución, señores, hay personas que marcan una época, que imprimen a ese lapso de tiempo su característica y que en cada circunstancia se recuerdan sus actuaciones, porque se han incorporado a la labor de la institución misma.

La Escuela de Farmacia, que nació por el entusiasmo y fe en la labor por realizar, de don Augusto Rivera Parga, tuvo desde un principio como colaborador muy eficiente a un hombre que era todo corazón, de una ilustración amplísima, de un trato afable y de un criterio admirable.

Entre los improvisados elementos con que se contaba, debían los profesores poner de su parte todo su bagaje de conocimiento al servicio de los alumnos y en esta labor es donde se destaca, principalmente, la actuación del Dr. Alcibíades Santa Cruz, cirujano-militar y un enamorado de la naturaleza.

Había recorrido todo Chile, conocía todas sus ciudades y, se puede decir, conocía a cada uno de sus más ilustres ciudadanos. Los secretos de la naturaleza no le eran desconocidos, sabía dónde crecía esta planta, cuál flor daba, la época más apropiada para herborizarla y las distintas partes de Chile donde se presentaba mejor y más hermosa. Sabía cuál fruto era más sabroso y cuál madera era más delicada y resistente.

Donde estaba, tenía para cada uno su chiste amable, picaresco, crítico, según las circunstancias y las personas, pero siempre fino y oportuno.

Para cada uno tenía una respuesta justa que satisficiera su curiosidad y ansias de saber de estos noveles universitarios: no importaba lo que se le preguntara: botánica, química, física, biología o literatura, siempre el alumno era informado. Tenía un consejo paternal para sus alumnos que, poco acostumbrados al ambiente universitario, se distraían, o era a los jóvenes que, mediante una historieta, le recordaba su deber.

Su profesión de médico le ponía en situación especial para hacer el bien material y espiritualmente y más de algún alumno egresado debe su carrera y su situación a una charla con él.

Me alargaría demasiado recordando esta labor de maestro que silencioso y riendo hacía cada día en la escuela. Cada día que llegaba a sus clases recorría la Secretaría, la Dirección, anotando la última novedad y dando su saludo matinal con un verso, con una sentencia o con un «buen día» en algún idioma que él conocía.

Estaba pendiente de la situación afligida de algunos, de la enfermedad que le aquejaba a otros y se interesaba por corregirla o aliviarla, y muchísimas veces su consulta se llenaba exclusivamente de estudiantes. Nunca salió nadie de su lado sin llevar en su alma un bálsamo de tranquilidad y afecto.

Perpetuar la memoria de este botánico y profesor eminente, es hacer justicia a su labor, a su personalidad y es una for-

ma de hacer presente a las generaciones venideras que los buenos, los maestros nunca mueren, sus virtudes perdurarán eternamente para bien de la humanidad.

Cada universitario que lo conoció lo recordará y con él a la Universidad de Concepción.

Hasta el último día hizo su clase y recuerdo que ese día, como muchísimas veces, pasó por mi oficina al salir de clase y me dijo: «Estoy cansado; me acostará la Julita (su hija) en cuanto me vea, y hasta mañana... si estamos vivos».

Esta frase, que repetía a menudo riendo, ese día me la dijo en serio y me dió un apretón de manos, era el 3 de mayo de 1944.

Les agradezco, estimados alumnos, que vuestro impulso generoso haya materializado la idea de poner este busto del profesor Santa Cruz aquí, y al recibirlo de ustedes permitidme que, emocionado, se los agradezca a nombre de los profesores de la Escuela y en el mío propio, ya que ello constituye una demostración clara de la nobleza de vuestros sentimientos y la grandeza de vuestras almas.

No podía tener el Dr. Santa Cruz mejor recompensa, él puso toda su alma en la labor universitaria y seguirá entre nosotros.